

El Arte de la Mentira Política

Por Jonathan SWIFT

SE NOS DICE que el diablo es el padre de las mentiras, y que fue una mentira desde un principio, de tal forma que, sin contradicciones, es un viejo invento y, lo que es más: el primer ensayo que de ella se hizo fue puramente político al emplearla en minar la autoridad de su príncipe y seducir la tercera parte de los súbditos y alejarlos de su obediencia. Por ello fue expulsado del cielo en el que (como dice Milton) había sido virrey de una gran provincia occidental, y obligado a gastar su talento en las regiones inferiores, entre otros espíritus caídos, hombres pobres y engañados, a los que todavía diariamente tienta a cometer su propio pecado, y lo hará por siempre, hasta que sea encadenado en el pozo sin fin.

Pero aunque el diablo sea el padre de las mentiras parece que, como otros grandes inventores, ha perdido mucho de su reputación por las continuas mejoras que se le han hecho.

Quién fue el primero que hizo de la mentira un arte y lo adaptó a la política, no lo dice la historia, aunque he realizado minuciosas investigaciones. Por ello lo consideraré solamente en el sistema moderno, como ha sido cultivado estos últimos veinte años en el sur de nuestra propia isla.

El poeta nos dice que después que los gigantes fueron expulsados por los dioses, la tierra, en venganza, dio a luz su último hijo: la fama. Y así se interpreta la fábula; que cuando se aquietan los tumultos y las sediciones, los rumores y las falsedades se propalan con abundancia por toda la nación. Así que de esta forma la mentira es el último consuelo de los innobles partidos políticos derrotados y rebeldes. Pero aquí los modernos han hecho grandes mejoras al aplicar este arte para ganar y preservar el poder, tanto como en vengarse de que lo han perdido, así como los animales hacen uso del mismo instrumento para alimentarse cuando están hambrientos que para morder a quienes los amenazan.

Pero no en toda mentira política puede admitirse la misma genealogía, por lo tanto la refinaré aún más agregando algunas nociones sobre las circunstancias de su nacimiento y padres. Una mentira política nace a veces de la cabeza de un estadista descartado, y, entonces es entregada al populacho para que la alimente y mime. Algunas veces nace monstruosa y sólo más tarde se la pule hasta darle forma. Otras veces llega al mundo totalmente formada y al pulirla, la pierde. A menudo nace igual que todos los niños y hace falta tiempo para que madure y a menudo ve la luz en su pleno desarrollo, pero se desvanece lentamente. Algunas veces es de noble origen y otras el fruto de un agiotista. Aquí grita con fuerza al abrirse la matriz, allá nace con un susurro. Yo conozco una mentira que ahora disturba la mitad del reino con su ruido del cual, si ahora es demasiado grande y orgulloso para reconocer a sus propios padres, puedo recordar el quieto origen. Para concluir con la natividad de este monstruo: cuando viene al mundo sin aguijón es que ha nacido muerto, y cuando lo pierde, muere.

No es extraño que un infante de tan milagroso origen se encuentre destinado a grandes aventuras y, así, vemos que ha sido el espíritu guardián que ha prevalecido ya por cerca de veinte años. Puede conquistar reinos sin combate y, a veces, tras de haber perdido la batalla. Otorga y regresa empleos; puede convertir una montaña en un agujero de topo y hacer, de un agujero, una montaña; ha presidido por muchos años los comités electorales; puede convertir a un negro en blanco; hacer un santo de un ateo, un patriota de un libertino, dotar de inteligencia a los ministros extranjeros y hacer que suba o se derrumbe el crédito de la nación. Esta diosa vuela con un enorme espejo en las manos para engañar a la multitud y hacerlos ver, conforme lo hace girar, la ruina en su interés o su interés en la ruina. En este espejo vereis a vuestros mejores amigos arropados en trajes adornados con *fleurs de lis* y triples coronas, sus cintos tendrán cadenas y abalorios y calzarán zapatos de madera. Y vuestros peores enemigos estarán adornados con los emblemas de la libertad, la propiedad, la indulgencia, la moderación y llevarán un cuerno de abundancia en las manos.

Las grandes alas de la mentira, como las de los peces voladores, no le son de ninguna utilidad más que cuando se encuentran húmedas; y es por ello que continuamente las sumerge en el fango y, remontándose a lo alto, los distribuye en los ojos de la multitud, mientras vuela con gran suavidad. Pero en cada giro se ve obligada a descender a los sucios caminos y recoger nuevas provisiones.

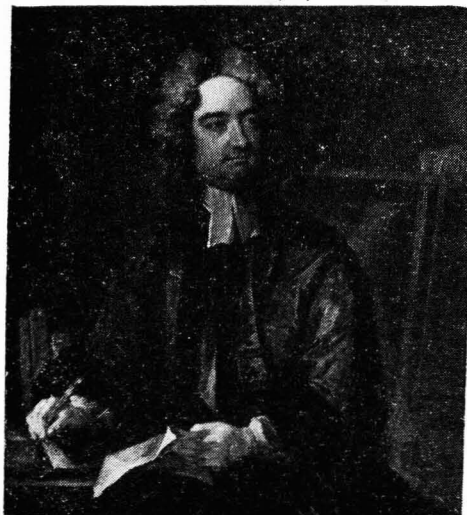
Algunas veces he pensado que si un hombre poseyera el arte de una segunda visión para ver las mentiras, así como en Escocia la tienen para ver fantasmas, de qué manera admirable se divertiría en este pueblo al observar las diferentes formas, tamaños y colores de los enjambres de mentiras que zumban alrededor de las cabezas de algunas gentes; o aquellas legiones que revolotean todas las tardes en las casas de moneda y que son suficientes para oscurecer el aire; o sobre un club de nobles descontentos, que después las envían para que se distribuyan en las elecciones.

Hay un punto esencial en el que la mentira política difiere de otras de la misma escuela, en que debe tener una memo-



ria breve, lo que es necesario para que en cada hora pueda diferir de sí misma y jurar a los dos lados de una contradicción según convenga a las personas con las que tiene que tratar. Al describir los vicios y virtudes de la humanidad es conveniente tener presente alguna persona eminente de quien copiar la descripción. Yo he cumplido con esta regla estrictamente y en este momento mi imaginación recuerda a cierto gran hombre, famoso por su talento, a la práctica constante del cual le debe la vieja reputación de ser la más diestra cabeza en Inglaterra para la resolución de los asuntos complicados. La superioridad de su genio no consiste en otra cosa que en un fondo inagotable de mentiras políticas, que distribuye con largueza cada minuto que habla y que, por una generosidad sin paralelo, olvida, y consecuentemente contradice la siguiente media hora. Hasta ahora él no se ha detenido a considerar si una proposición es verdadera o falsa, sino si es conveniente en tal momento y para tal compañía el afirmarlo o negarla; de tal forma que si creéis que interpretando todo cuanto dice lograreis clarificar su pensamiento, al igual que hacemos con los sueños, os encontrareis con todo lo contrario; tendreis que seguir buscando y os encontrareis igualmente desilusionados hayais creído o no. El único remedio es suponer que habeis escuchado unos sonidos inarticulados y sin ningún significado, y además, esto le quitará el horror que podais concebir al oír los juramentos con los que perpetuamente acompaña los extremos de cada oración; si bien, al mismo tiempo, creo que en justicia no puede acusársele de perjurio cuando invoca a Dios y a Cristo, porque es conocido públicamente que no cree en ninguno.

Alguien puede pensar que una habilidad como ésta no es de gran utilidad a su poseedor, o a su partido, después de que ha sido practicada a menudo y es ya notoria; pero aquí se equivocan del todo. Pocas mentiras llevan el sello del inventor, de tal forma que el más prostituido enemigo de la verdad puede regar un millar sin que se vea en él al autor. Más aún, así como el más vil de los escritores tiene sus lectores, así la más grande de las mentiras tiene sus creyentes; y sucede a menudo que si una mentira es creída por sólo una hora, ha realizado ya su tarea y no hay más tarde ocasión de desmentir-



Jonathan Swift. 1667-1745

la. La falsedad vuela mientras que la verdad llega cojeando penosamente tras ella, de manera que cuando los hombres llegan a desengañarse es ya tarde; la broma ha terminado y el cuento ha producido su efecto; como el hombre que ha pensado en una respuesta aguda cuando el discurso ha cambiado o el público ha partido; o como el médico que encuentra una medicina infalible cuando el paciente ya ha muerto.

Considerando la disposición natural que tienen muchos hombres a mentir, y en las multitudes a creer, me he quedado perplejo al reflexionar sobre aquella máxima, tan frecuente en todas las bocas, de que a la larga vencerá la verdad. Aquí ha estado esta isla nuestra, yaciendo a causa del más grande partido político que hemos tenido en veinte años, bajo la influencia de tales personas y consejos cuyo principio e interés en corromper nuestras costumbres, cegar nuestro entendimiento, agotar nuestra salud y, con el tiempo, destruir nuestra constitución tanto en la iglesia como en el Estado, hasta que, finalmente, fuimos traídos hasta el borde mismo de la ruina; sin embargo, por medio de perpetuas falsedades, no hemos sido nunca capaces de distinguir entre nuestros amigos y enemigos. Hemos visto cómo una gran parte del dinero de la nación ha ido a parar a las manos de aquellos que por su nacimiento, educación y mérito no podían pretender nada mejor que llevar las libreas de nuestros criados; mientras que otro que, por su crédito, calidades y fortuna fueron solamente capaces de darle reputación y éxito a la revolución no sólo fueron dejados a un lado por peligrosos e inútiles, sino manchados por el escándalo de ser jacobinos, hombres de principios arbitrarios y pensionistas de Francia; mientras que la verdad, de la que se dice que yace en un pozo, parece enterrada ahora bajo un montón de piedras. Pero recuerdo que era una queja usual entre los *whigs*, que la mayor parte de los terratenientes no se encontraban de acuerdo con sus intereses, lo que algunos de los más sabios vieron como un mal agüero; y vimos que fue con la mayor de las dificultades que pudieron reservar para sí la mayoría, mientras que la corte y el ministerio se encontraban de acuerdo con el otro lado hasta que aprendieron aquellos admirables expedientes para decidir las elecciones e influir en los lejanos distritos desde la ciudad alegando poderosos motivos. Pero todo esto era mera fuerza y coacción sostenida, sin embargo, por el más diestro artificio y administración, hasta que el pueblo empezó a comprender que sus propiedades, su religión y la monarquía misma se encontraban en peligro; cuando los vimos esperar vorazmente la primera ocasión para aprovecharse. Pero de este poderoso cambio en los ánimos del pueblo hablaré con más amplitud en algún trabajo futuro; en el que intentaré desengañadas o engañosas que esperan o pretenden que se trata de una breve locura en el vulgo de la que pronto ha de recobrase; mientras que yo creo que aparecerá ser distinto en sus causas, síntomas y consecuencias y demostrará ser un gran ejemplo para ilustrar la máxima que mencionaba hace poco de que finalmente (aunque a veces demasiado tarde) prevalece la verdad.

(Trad. de Rafael Ruiz Harrell).

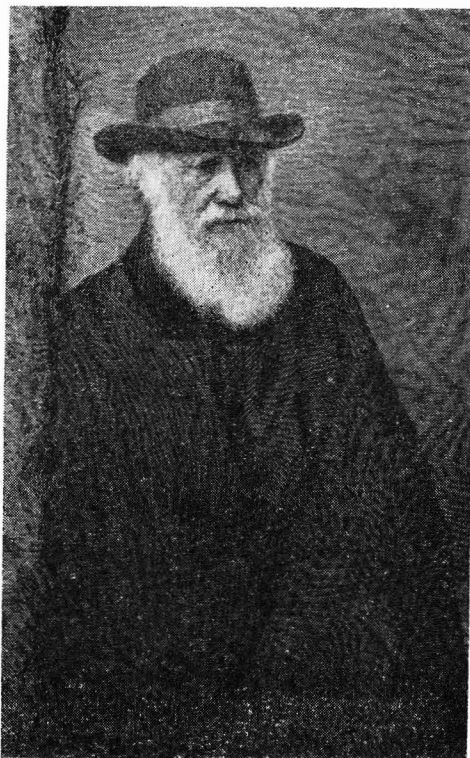
C I E N C I A

ORIGEN Y EVOLUCION DEL HOMBRE

Por Santiago GENOVES

LA SUPUESTA DESCENDENCIA A PARTIR DE LOS MONOS Y EL ESLABON PERDIDO

DESDE que apareció *El origen de las especies* de Darwin, hace casi exactamente un siglo, se han sucedido una multitud de hipótesis y tesis sobre el origen del hombre. Es interesante señalar que Darwin no se refiere para nada en dicha obra a la supuesta descendencia del hombre actual a partir de antropoides actuales. Sin embargo, por uno de esos fenómenos de transposición de conceptos



Carlos Darwin 1809-1882

que con relativa frecuencia ocurren cuando un hecho científicamente comprobado pasa a la mente de la mayoría (que por lo general no está en condiciones de entenderlo ni le interesa fundamentalmente la comprobación científica en sí), se puede apreciar que en el concepto de los no especializados priva, vagamente, la idea de que el hombre descende del mono, o que por lo menos el hombre actual pasó hace muchos miles de años por una etapa evolutiva semejante a la de los grandes antropoides que se ven hoy en el zoológico —chimpancé, gorila, orangután y gibbon—. Es más, en forma no precisa, está tan extendida la idea que tiene por centro el concepto anterior, que aun en libros y artículos especializados se hallan, con bastante frecuencia, frases que indican con claridad que el autor —posible y especulativamente—, recibió cuando niño esta influencia educativa de la que no se ha podido deshacer del todo. Usando un término biológico, cabría llamar a este fenómeno un vestigio, en el sentido en que se llama así a la aparición de un rudimento de cola en el hombre actual o de restos de

hueso pélvico en la ballena, que como se sabe no posee cintura pélvica.

Hoy no poseemos con vida más que los cuatro géneros de antropoides arriba mencionados, con algunas especies, y desde luego nos vemos forzados a establecer comparaciones a ellos referidas al querer interpretar restos fósiles de posibles ancestros del hombre actual, que por general son muy fragmentarios y únicos. Entonces olvidamos con frecuencia que dicha comparación, además de en el espacio, debe establecerse en el tiempo. Por ejemplo, es frecuente leer —adelantando forzosamente conceptos que se desarrollarán después— que un resto dado de homínido fósil (es decir, un resto fósil de *Pithecanthropus* o de *Cro-Magnon*, pongamos por caso) “representa —el primero— una etapa más avanzada que los antropoides en el proceso de evolución”;¹ claro está que ello es cierto si entendemos por evolución, *evolución hacia el hombre actual*, y por antropoide el antropoide que hoy vive. El concepto de evolución es, no obstante, más amplio, y sólo nuestro egocentrismo —mezclado con ideas educativas erróneas de las que hemos llamado vestigios— nos lleva a pensar que la evolución, en este caso, no tiene más fin que el perfeccionamiento del hombre en la forma bajo la que se presenta hoy. En otras palabras, los pitecantropoides sí representan “una etapa más avanzada” que los antropoides actuales en el proceso de evolución *que conduce a nuestra especie*, pero desde luego los pitecantropoides serían una rama fallida o aberrante desde el punto de vista de la evolución de los antropoides actuales. Esto es: los antropoides actuales (chimpancé, gorila, orangután, gibbon) constituyen con toda seguridad una rama del orden Primates del que la especie de hombre actual —con to-



“la comparación es absurda”